

## RESEÑAS



*Cuando mi cuerpo dejó de ser tu casa.  
Memorias de Ilse en Colonia Dignidad*

Emma Sepúlveda.

Santiago de Chile:

Catalonia, 2022.

ISBN: 978-841-8354-89-2.

256 pp.

Reseña por María Angélica Franken

Universidad Adolfo Ibáñez

[maria.franken@uai.cl](mailto:maria.franken@uai.cl)

\*

Escribir sobre el caso de la ex Colonia Dignidad, ahora Villa Baviera, en las cercanías a la conmemoración de los 50 años del Golpe Militar de Augusto Pinochet, parece ser casi un imperativo porque resulta difícil comprender cuánto perduró el enclave alemán, la Sociedad Educacional y Benefactora Colonia Dignidad fundada el año 1961, sin conocer las relaciones recíprocas entre ella y el gobierno militar, y la ayuda crucial que Paul Schäfer prestó a la dictadura antes y después del Golpe de 1973. En este sentido, esta novela de la escritora chilena, radicada en Estados Unidos, Emma Sepúlveda, dialoga con una serie de producciones artísticas y documentales muy recientes que tratan sobre el enclave, sus orígenes en Alemania y Chile, las colaboraciones con el mundo militar, su rol en la desaparición de detenidos desaparecidos, la figura carismática y siniestra de Paul Schäfer, la violación

sistemática de los derechos humanos de chilenos y alemanes, la tortura y el abuso sexual y psicológico de menores de edad, la complicidad del mundo político chileno, entre otros crímenes.

Pienso en artistas como Mariana Najmanovich y su serie pictórica *La Colonia* (2015), en el dúo León&Cociña y su stopmotion *La Casa Lobo* (2018), en la novela *Monte Maravilla* (2017) de Miguel Lafferte y *Sprinters. Los niños de Colonia Dignidad* (2016) de Lola Larra, solo por mencionar algunas de las obras literarias o audiovisuales que están abordando el tema.

La autora construye la voz de la colona Ilse, desde su infancia en Alemania cuando su familia conoce al joven predicador Schäfer a principios de la década del 60 y deciden seguirlo en su misión evangelizadora, luego por su viaje transatlántico a Chile y su dramática vida en la Colonia hasta que logra escapar en los 90, y escribe sus memorias tras la muerte de Paul Schäfer el año 2005. Es la primera obra literaria que realiza un recorrido impecable por la historia de Colonia Dignidad, más de 40 años, a través de una voz femenina y memorística.

Ahora justamente su virtud es, por momentos, su debilidad porque este recorrido exacto, a través de la vida de Ilse y sus compatriotas, por los hitos más significativos del enclave en diálogo con la historia nacional, resta verosimilitud a la narradora que transita entre una voz infantil y *naïf* a una voz crítica que sabe demasiado sobre lo que está pasando para ser una niña o un adulto infantilizado. En esos momentos, pareciera que sobresale el oficio de historiadora o el afán historicista detrás de la autora y la voz de Ilse pierde densidad narrativa y se diluye entre la serie de hechos cronológicos, restando a la perspectiva infantil su potencial enunciativo.

Sin embargo, la obra construye, como ninguna otra, una memoria histórica, tanto individual como colectiva. Así anuncia al inicio la supuesta compiladora de estos recuerdos: “Estas son las memorias que escribió Ilse, mi madre adoptiva, después de que apresaron a Paul Schäfer, el fundador de Colonia Dignidad en el sur de Chile” (9), enmarcando desde un inicio que las próximas páginas corresponden a un relato de memoria que, por lo tanto, no debiese ajustarse necesariamente a las lógicas del tiempo lineal y de la fidelidad de los hechos. Y luego en el epílogo se rectifica lo que uno ya deduce tras la lectura de que “[l]as memorias de Ilse no son de una sola mujer, son historias de muchas en la voz de una” (185), convirtiendo el relato en uno colectivo y, por lo mismo, ampliando su poder enunciativo a uno político y social. Y en esto radica el principal acierto de la autora que es penetrar en una subjetividad femenina y en justamente la vida de las mujeres colonas bajo las garras de Schäfer. Hasta la fecha, las aproximaciones tanto artísticas como documentales

habían ahondando más que nada en las dimensiones políticas del poder de Paul Schäfer y en los abusos pederastas sobre todo a niños, los llamados *Sprinters*. Pocas obras habían abordado la misoginia que imperaba dentro del enclave: “Sus descargas incontrolables de cólera eran comúnmente dirigido a nosotras. Nos culpaba de todos los pecados de los hombres, desde el original. La descarada y maliciosa Eva y el inocente y casto Adán nunca escapaban de su mente” (74). Excepciones a esto son dos obras teatrales recientes que se centran también en las víctimas mujeres: *Fachada* (2023, Alejandra Márquez) y *Baviera* (2021, Edison Cajas).

La autora hace eco de un tipo de literatura escrita por mujeres en Chile –pienso en Marjorie Agosín que también opta por la perspectiva infantil, entre muchas otras– que vincula la escritura y la memoria como ejercicio de resistencia al olvido y a la opresión. Lo anterior se traduce en las opciones narrativas y estéticas que escoge como la problematización del acto de recordar y su materialización en imágenes visuales: “Mientras seguía tirada en el suelo, decidí tomar fotografías con mi cámara imaginaria. - ¡Clic! - El tío Paul sentado en sillón rojo riéndose sin control. - ¡Clic! - Mi perfil dibujado en la sangre desparramada, sobre el piso color marfil” (62). La narradora reflexiona sobre el mismo acto de recordar: “en mi memoria escribí durante toda la noche lo que vi esa tarde. Tenía miedo y no quería olvidarlo” (61), dotando a la memoria de un carácter subversivo y sanador.

En línea con un sello escritural femenino, está su opción estética de visualizar el cuerpo como principal objeto de violencia por parte de los victimarios, una que era ejercida no solo sobre cuerpos infantiles sexualizados, sino que también lo biológico era opacado hasta su mínima expresión para evitar las distinciones sexogenéricas y cualquier principio identitario: “Era muy importante esconder la prominencia de los senos porque el tío los odiaba. Por esa razón nos hacía aplastar todo el volumen del pecho hasta hacerlo desaparecer [...] al final, creo que los perdí y mi cuerpo se transformó en una masa rectangular de carne y hueso” (44). A lo anterior, se unía la demonización de lo reproductivo: “La doctora Strätling nos advirtió que ese medicamento nos protegería de la “enfermedad” de la menstruación. Nos dijo que, mientras más años pasáramos sin esa desagradable, sucia y hedionda enfermedad llena de sangre podrida, mejor sería nuestra calidad de vida y nuestra capacidad de trabajo diario” (31), cita que confirma que el cuerpo debía ser uno exclusivamente productivo en términos materiales y que era propiedad de Schäfer. De aquí se entiende el título de la novela.

Otro acierto de la obra es dar cuenta de la disolución de los lazos familiares dentro del enclave. Ilse llega con su familia a Chile, pero muy prontamente se aplicó tal vez la regla más controversial y, para muchos colonos, la más dolorosa. Así

parten las memorias: “A los once años me inventaron una familia y me obligaron a creer que tenía tres padres. El tío Paul —mi padre de Colonia Dignidad—, mi divino Padre que estaba en el Cielo y Holger, mi padre biológico que vivía en Alemania. Pero solo una madre, la que se separó de sus siete hijos al poco tiempo de llegar a Chile, obedeciendo las órdenes de esos tres padres” (11). El relato da cuenta a la perfección de los fines “pedagógicos” que se escondían tras las separaciones familiares y que buscaban exclusivamente poder ejercer un control total sobre cada uno de los miembros de Colonia Dignidad y anular cualquier posibilidad de pensamiento o afecto comunitario.

Por último, quisiera destacar la dimensión transnacional de la novela. Las memorias de Ilse construyen un capítulo siniestro de las relaciones entre Chile y Alemania respecto de este caso y del rol político que la Colonia Dignidad va a tener en la política chilena de las últimas décadas. Lo anterior se da en un primer nivel relativo a su actuar concreto durante la dictadura militar en la tortura y desaparición de adversarios políticos del cual Ilse da cuenta al mencionar los espacios clandestinos, las fosas humanas y las visitas permanentes de un espectro de personajes del mundo militar. En este punto, destaca la introducción que hace la narradora del nazi Walter Rauff —inventor de los “camiones de la muerte”— que, según algunas fuentes no confirmadas, realizó talleres de espionaje dentro del enclave, y que recuerda los vínculos del nacionalsocialismo con nuestro país, otro capítulo que aún se sigue escribiendo.

Pero también en un segundo nivel, más cultural se podría decir, que tiene que ver con los imaginarios en torno al aporte migratorio de los alemanes, y en este caso los colonos, a los procesos modernizadores de nuestro país. Los aportes de la Sociedad Benefactora y Educacional Colonia Dignidad se tradujeron en dos grandes ejes hacia el exterior, la escuela y el hospital que sirvieron de fachada positiva para un Chile rural sumergido en la pobreza tras el terremoto del año 60. Sin embargo, Colonia Dignidad funcionó —más allá de estos dos nexos controlados hacia el exterior— como un Estado cerrado dentro del Estado Chileno con sus propias reglas y con una ideología nacionalista que veía a todos como enemigos: “Había que protegerse mucho del conglomerado de gente de afuera, de todos, sin hacer diferencias: chilenos, campesinos, católicos, judíos o comunistas. Esto no ocurría solo por el peligro que representaban para nosotros, sino también porque, en el fondo, nos tenían envidia [...] En especial esos salvajes, que eran tan diferentes a nosotros” (37). Solo desde esta estrategia de relacionamiento con el pueblo chileno y con la ayuda y complicidad de varios políticos chilenos, se entiende cómo este enclave logró perdurar más de 40 años y tener tanto poder.

En resumen, gracias al arduo trabajo de archivo y la opción estética de la memoria, Emma Sepúlveda nos involucra afectivamente en el relato ficcional de una mujer colona que fue víctima por décadas de sus propios compatriotas en suelo chileno pero que logra escapar y armar otra vida gracias a la escritura. Su relato nos permite conocer la historia social y política de la ex Colonia Dignidad y cómo sigue siendo un capítulo inconcluso y doloroso de nuestra memoria nacional, aunque en las representaciones artísticas de los últimos años veamos ciertos atisbos de esperanza y justicia.

\*